

# El señor de los perros

Ricardo Camargo Ruiz

SEÑOR  
DE  
LOS  
PERROS.



# Capítulo 1

Lo encontré tendido, casi inerte, sobre la acera junto al parque. Abrí su boca escondida bajo una sucia y enmarañada barba intentando llenar de vida sus pulmones, y mis gritos de auxilio, se acompañaron del rítmico movimiento de mis manos en su pecho al compás de un, dos, tres, cuatro y cinco.

Arquímedes se moría. La incipiente neblina que cristalizaba los huesos, no me impidió grabar en mi mente ese agónico gesto, y el sonido de su garganta en procura de aire antes del profundo suspiro. Fue la imagen de un anciano que se convertía en piedra, la mitad de su cuerpo se paralizó del todo, y unos débiles balbuceos arrullaron sus ojos vidriosos que brillaron cobijados por la luz del farolito de la calle empedrada.

El viejo Arquímedes no era solo un indigente que vivía deambulando sobre la *calle de la rosa*; era casi un monumento histórico, el hijo pródigo de todos los vecinos de la Candelaria. Recorrió la calle por treinta años arrastrando su desvencijada carreta de madera, hurgando en las basuras y reciclando para ganar la diaria batalla del hambre; “no me gusta mendigar”, repetía de cuando en cuando.

En las noches, entre los árboles del parque, transformaba su carreta en camastro y mágicamente dormía en compañía de cinco perros, también hijos del abandono. En décadas le vi rescatar muchos perros, pero nunca tenía más ni menos de cinco, “son los que puedo alimentar”, respondía siempre.

Colgaban de su carreta colecciones de libros vetustos y ajados que recolectaba en su trasegar, leía compulsivamente, en voz baja, susurrando. El enigma de su historia era tema recurrente en la Candelaria, todos lo conocimos viejo, sin pasado.

Los desconocidos le llamaban *el señor de los perros*, los amigos le decíamos *el sabio*.

A todos los niños del barrio en algún momento nos ayudó con las tareas de matemáticas, historia y geografía. Comentaban que había sido profesor antes de ser indigente; la verdad, Arquímedes, nunca mencionó su pasado, solo decía: “lean muchachos”, y sonreía.

Todos los lunes, durante quince años, al caer el sol, me hablaba de literatura antes de iniciar nuestra clásica partida de ajedrez. Me enseñó a

jugar sobre un tablero de cartón.

Los llantos y gritos, el frenesí de la muerte, la multitud de almas agolpadas en la noche invernal en procura de auxiliar *al sabio*.

Muchas manos temblorosas se unieron a las mías para arrancarlo de la muerte, muchos golpes en su pecho rogando a su corazón latir, muchas oraciones escondidas en el sonido de una sirena lejana... Se fue con la bruma.

Guardé las huérfanas piezas blancas con la esperanza de que esos lunes volverán. Por ahora, espero.